El capitan no se atrevió á aventurar una palabra.

—Vea usted esa infamia, capitan; no, imposible, es necesario morir en la lucha, la afrenta!.... el oprobio!....

Martinez levantó el diario y leyó en voz baja:

"Ayer la policía ha prendido á un correo del enemigo, llamado Estanislao Luna, el cual ha sufrido la pena de doscientos azotes á que lo condenó la autoridad francesa."

—¡Diablo! murmuró el capitan, esta sí es una verdadera *carambola*.

CAPÍTULO SÉTIMO.

LA GRAN TENOXTITLAN.

I.

La ciudad de los palacios y los jardines flotantes, la beldad del Septentrion, la señora del Continente, en cuya cabeza virginal lucen las estrellas mas fulgurosas de la Zona Tórrida, la antigua emperatriz del Anáhuac, la jóven republicana que ayer depositaba un beso filial en la venerada frente del anciano de Dolores, hoy se viste con todas sus galas como la esclava de un harem para recibir á su señor.

Flores, coronas, cortinas, banderas y estandartes de todas las naciones, especialmente mexicanos y franceses, arcos de triunfo, palmas, inscripciones, salvas; mas de cien mil curiosos agrupados en las torres y bóvedas de las iglesias, en las azoteas, balcones, recodos, molduras y puertas de las casas, en las aceras de las calles, en los átrios y plazas, presenciando la entrada y el desfile del ejército aliado.

Jamas se habia visto una pompa de órden suprema mas lujosa y concurrida.

¡Miserable y raquítica gloria humana!

Ese ejército orgulloso y lleno de laureles, saldria á los tres años sin encontrar mas arcos triunfales que los de la vergüenza y el ridículo, mar-

charia cabizbajo por las mismas calles, al son del látigo de la raza anglo-sajona y del anatema del mundo civilizado.

II.

Desde muy temprano el vecindario comenzó á engalanar de cortinas sus balcones y ventanas, en un número considerable de casas aun de las excéntricas, y casi en todas aquellas situadas en la carrera señalada de antemano al ejército, debiendo éste venir por la garita de San Lázaro, calle de las Maravillas, plazuela de la Santísima, Hospicio de San Nicolás atravesando la ciudad en línea recta hasta San Diego, y entrando á la calle de Corpus-Cristi en direccion á la Plaza de Armas.

Desde la garita de San Lázaro donde habian acampado cuatro dias antes los cazadores de Vincenes, hasta el Palacio Nacional, formaron valla diversos batallones franceses, para venirse agregando á la columna á medida que ésta avanzaba.

Los pabellones frances y mexicano, estaban enarbolados en el Palacio, la Diputacion y otros edificios públicos, y viéndose en todos ellos, el segundo á la derecha del primero, así lo habia *ordenado* el comandante militar de la plaza.

Dos arcos triunfales habia en las calles de Plateros y San Francisco, figurando el primero, situado en el portal de Mercaderes, construccion de mampostería, rematada con un vistoso trofeo de armas, y mostrando en su parte maciza, entre orlas de laurel, los nombres del Comandante en gefe de la espedicion, del señor de Saligny y de los principales gefes franceses, del lado que veia al Poniente (esto era algo significativo), y por el opuesto los nombres de Almonte y otros que la historia no ha olvidado.

En las columnas de este arco, por el frente y la espalda, habia inscripciones y poesías encomiásticas al emperador de los franceses, al ejército aliado y á los gefes mexicanos.

El arco de la calle de San Francisco estaba formado de verdura, flores y pinturas alegóricas, y tenia al frente los retratos de Eugenia y Napoleon III.

Todas estas calles presentaban el aspecto de un bosque de banderas, con que jugaba el ambiente de una de las mañanas mas despejadas y hermosas de nuestro estío.

III.

Habia un edificio en una de las calles del tránsito de la procesion cívica que llamaba la atencion por su compostura.

El lector no necesita que le digamos á quién pertenecia la casa en cuestion, bástele saber la manera con que estaba adornada.

En cada uno de los tres balcones de la fachada, una faja de lustrina correspondiente al color de la bandera francesa, como las bandillas de una parroquia.

En cada una de estas fajas la respectiva corona de laurel, llevando en el centro unas MM y VV entrelazadas que nadie pudo descifrar, cuando la esplicacion es demasiado clara.

Las cortinas habian servido para celebrar la Declaracion Dogmática de la Vírgen, y aquellas letras se referian á María Santísima.

Mas tarde el diplomático, que entre paréntesis era el dueño de la casa, afirmó que habia sido intencional el pensamiento de ese adorno, porque él ya sabia que Maximiliano aceptaba el trono de México.

En el centro, y parte alta de los balcones, dos banderitas cruzadas, como las que colocan en las fachadas de los circos olímpicos mexicanos.

De los balcones salian dos morillos que se prolongaban una vara, sosteniendo seis faroles anunciando la nocturna iluminacion.

Sobre la cornisa de los balcones y abarcando toda su extension, estaba escrito un dístico con letras azules en fondo amarillo: el verso parecia de la misma pluma que habia trazado los de los arcos triunfales.

Para llamar la atencion, dos manos negras apuntaban aquella rapsodia, como en los carteles de los remates.

Para terminar con la descripcion del ornato, diremos que sobre las tres canales de piedra que estaban repartidas simétricamente, habian colocado *cajetes* con palo de ocote, que debian figurar piras una vez encendidas, pero que á la luz del dia estaban en caricatura.

—¿Qué tal? decia el señor de Fajardo á su esposa, que llevaba un túnico color de naradja con blondas azules y en su tocado la borla del espadin.

—Señor mio, usted debia haberse vestido de diplomático y no confundirse hoy con el paisanaje, gritó doña Canuta, abanicándose terriblemente.

—Hija mia, el sastre de *aquí abajo* no concluyó de arreglarme el uniforme, á tí te consta que he engordado y necesitaba sisar la casaca.

—Es cierto, estos sastres mexicanos son abominables, le he dado el *peso* adelantado y este es el motivo de su dilacion.

—Calla! dijo por lo bajo el diplomático, me voy á desconceptuar si saben que me viste un sastre de tercer órden.

—Bien; pero yo fio en que no volverás á presentarte de una manera tan inconveniente.

—Señora, dijo don Serafin, acercándose á la señora de Fajardo, está usted encantadora.

El diplomático se frotó las manos con satisfaccion.

—Ese color, prosiguió el chisgaravis, es de muy buen gusto, estoy plenamente seguro de no encontrar otro parecido.

—Hoy está usted coqueto, no le creo sus lisonjas, aunque ya varias personas me han manifestado igual opinion.

—Siento haber llegado tan tarde, pero me ratifico; ese trage es de un gusto esquisito, está usted deslumbradora, parece que Luz es hermana menor de usted.

El diplomático infló los carrillos y se dió de golpecitos en el vientre.

—Véala usted, continuó, está marchita, parece una flor arrancada de un ramo, su vestido negro, su color pálido, sus ojeras muy pronunciadas, cualesquiera diria que sufre algo.

—No tiene derecho á sufrir, ni á llevar luto, porque no hay jóven en todo México que tenga las satisfacciones que ella. Se la ama, se la mima, se la consiente, y lo que es mas, tiene unos padres que.... que....

—La honran, añadió don Serafin.

El diplomático se compuso la peineta de su pelucon.

—No deseamos, prosiguió doña Canuta, sino su bienestar, y creo que lo conseguiremos. ¡Luz! niña! ven por aquí; no me oye, esa Clara absorbe toda su atencion, es una buena amiga, le tengo encargado que la distraiga.

El diplomático se paseaba con gravedad meditando su plan de ataque á los fondos públicos.

Ese dia su vestido era rigurosamente negro, excepto la corbata y los guantes, que los calzaba blancos.

La corbata daba tres vueltas y media por su cuello como la serpiente de Laoconte, y remataba en lo que llamamos *nudo ciego*.

Sus guantes eran probablemente de la Z, porque le sobraba mucha cabritilla.

En cambio, su frac estaba en conjuncion.

Dos faldones como aletas de pescado, con unos botones de un diámetro muy regular, una solapa y un cuello tan armados, como si estuvieran forrados de carton; y unos pantalones anchos y zancones que dejaban ver el cañon de la bota.

Doña Canuta le habia peinado el casquete, perfumándolo con *macasar*, lo que tenia histérico al infeliz diplomático, que juraba en su interior lavarlo luego que concluyese la solemnidad.

IV.

Luz estaba triste, muy triste: la suerte de Estanislao Luna la tenia pesarosa, habia mandado recoger al infeliz asistente y héchole curar con esmero, para compensar en algo sus sufrimientos.

La carta de Eduardo se habia quedado en la Comisaría francesa, así es que ignoraba la suerte de su amante, á lo que se agregaba la falta absoluta de correspondencia.

—No creas, decia Clara, el coronel ya está muy léjos de aquí, los periódicos hablan de la salida del ejército para el Interior, y seria mucha casualidad que él solo se hubiera quedado en Toluca.

—No he visto en los periódicos, respondió Luz, que se haya movido el regimiento de Eduardo. Los franceses deben ocupar esa ciudad y temo mucho por su vida, está desesperado y yo tiemblo al considerar su situacion.

—Muy divertidas están ustedes, dijo don Serafin, arrimando su sillon al confidente donde estaban las dos amigas.

—Sí, muy divertidas, respondió Clara.

—Supongo, replicó don Serafin, que ya habrán olvidado la escena desagradable del bandido.

—Precisamente, dijo Luz, nos ocupábamos de ese infeliz á quien impíamente castigaron.

—Pis! respondió don Serafin, eso no es nada, debian ahorcarlo, para que otro dia no se prestara á los infames manejos de los demagogos.

—Tiene usted un bello corazon, dijo Luz visiblemente molesta.

—Siento disgustar á ustedes, pero yo, dijo picándola de gracioso, no los considero ni como prójimos.

—Caballero, respondió Luz, los desgraciados son dignos al ménos de compasion, y es indigno el burlarse del infortunio.

Don Serafin, que creyó haber dicho una agudeza, se quedó cortado y apenas balbuceó algunas excusas.

—No han visto ustedes los arcos? preguntó para salir de su situacion tan pesada.

—No, respondió Clara secamente.

—Cuando la entrada del ejército liberal, replicó Luz, vimos lo bastante para que ahora nos sorprenda la del ejército frances.

—Cuestion de trages, añadió Clara.

—Permítanme ustedes, señoritas; no cabe comparacion, nuestros soldados son horriblemente *feos*, y los franceses no son malas figuras.

—Como no se trata de elegir novio, respondió Clara, sino de hombres que se sepan batir, la belleza nos es indiferente; ademas, que una madre quiere mas á su hijo feo, que al del vecino, aunque sea un Adónis.

—Tengo la desgracia, dijo don Serafin, de caerles á ustedes muy pesado, desgracia que lamento con el corazon.

Clara y Luz no contestaron.

—Decia, continuó el mentecato jóven, que yo les soy eminentemente fastidioso ¿no es verdad?

Las amigas permanecieron en silencio.

—Esto es mas que horrible, si he dado lugar á ello, yo les pido mil perdones.

Clara y Luz seguian mudas.

—Es un desaire el que se me corre, y lo siento, porque estoy en la casa de usted.

Don Serafin tenia razon por la primera vez en su vida.

Luz comprendió lo mal que hacia, y se apresuró á contestar á don Serafin que se habia levantado para retirarse:

—Venga usted á mi lado, usted no me comprende aún, no sé odiar y me resiento al oir palabras de venganza; sin querer me formo mala opinion de quien vé con desden la existencia de un hombre.

—Es cierto, dijo avergonzado don Serafin.

Luz continuó:

—El hombre infeliz á quien han castigado de una manera tan horrible, fué aprehendido en mi casa, usted comprende lo doloroso que me será este acontecimiento.

—Tiene usted razon, señorita, volvió á decir don Serafin, yo no habia reflexionado, perdóneme usted.

—Yo me congratulo, respondió, de que esta oportunidad me haya hecho conocer á usted, su corazon es bueno, y no ha sentido jamas lo que sus labios han expresado.

—Yo me arrepiento, señorita, replicó anonadado don Serafin.

La influencia de aquella alma de ángel, lo tenia influenciado visiblemente.

El desdichado comprendió que aquella mujer nunca podria amarlo, el magnetismo de la superioridad se ejercia en él de una manera poderosa.

Con la frente humillada, los ojos bajos, y en la mas triste de las actitudes, permanecia en silencio don Serafin.

—Amigo mio, dijo Luz, estreche usted mi mano, soy su buena amiga.

Don Serafin llevó á sus lábios con respeto aquella mano.

Doña Canuta que observaba á su discípulo, dijo para sí:

—¡Bravo! la conquista está consumada, ¡hoy 10 de Junio de 1863, dia de la entrada del ejército vencedor!

—Veamos lo que pasa en la calle, dijo Clara levantándose, y los tres se dirigieron al balcon.

V.

Ya hemos dicho que la calle se hallaba primorosamente adornada.

Frente á los balcones de la familia Fajardo, habia un grupo de *dandies*, desesperados de que tardase tanto la procesion.

—Eso es abominable, decia un jóven barbi-lampiño, hace tres años que aguardamos á los franceses y esta es la hora que no parecen.

—Querido, tengamos calma, estarán visitando el hospital de San Lázaro; estarán haciendo observaciones sobre la inconveniencia de los lisiados.

—A propósito de lazarinos, observó otro de bigote retorcido, esa respetable señora del vestido color de naranja, tiene una nariz que amenaza ruina.

—Ya la veo, Enrique, dijo el otro, es una beldad del siglo XV.